

Siempre me han llamado la atención los semáforos, tan silenciosos, tan discretos, y a la vez tan esenciales, tan copiosos, tan humanos. Sólo hay que echarle un vistazo a la colocación de los semáforos para darnos cuenta de que los hemos convertido en algo sagrado, ¿o acaso no se asemeja su posición a la de las ermitas de la virgen María que se colocan en las encrucijadas? El caso es que cuando ayer bajé por la calle Esparteros y llegué al cruce de la calle Misterio, me percaté de que había algo que escondía aquel semáforo centelleante. Aquel muñeco rojo permanecía allí parado, sin dar muestras de vida, como indeciso, parecía desorientado, como si estuviera buscando una respuesta en mí. Vi en él un espejismo, el fulgor de sus luces parecía llamarme utilizando una preciosa lengua que no lograba identificar, pero sí a interpretar ¿era griego quizás?

- ¿Quién eres? – me preguntó.

Yo estaba desconcertado, no sabía qué responderle. Aquel día había bebido un poco y quizás estaba alucinando, pero ¡parecía tan real! El tiempo pasaba con una lentitud infinita, no sólo porque los semáforos tardan en ponerse en verde una eternidad, sino también porque había algo mágico instalado en el ambiente. Los coches seguían pasando, sin embargo ninguno de los transeúntes se paraba en mi mismo semáforo.

De repente todo cambió. El misterio que imperaba en la atmósfera se disipó, la calle estaba desierta, sólo estaba yo mirando a ese muñeco rojo que se reflejaba en el semáforo, era yo, vestido con mi anorak rojo, reflectado en aquel semáforo roto de un barrio abandonado, el de los sueños.